

briaguez del amor propio, que á lo malo que de suyo tiene, añade para este vicio la demasia y desórden. Tales son los deseos del soberbio, que quien desea que se le cumplan, desea que se hunda; y nadie desea aquel cumplimiento tanto como él propio. Por esto con lo que sube pide albricias de lo que ha de rodar, y en cayendo no aguarda lástima, sino aplauso. Es el soberbio el monstruo más horrendo del mundo, y el más formidable y semejante que puede fabricar el delirio; porque quiere ser cielo, siendo infierno; serafín y gusano, humo y sol, Dios y demonio. Esto quiere ser, y es la nada, que ni se parece al Criador ni á las criaturas: al Criador, porque no puede; á las criaturas, porque no quiere. Es como el vapor de la tierra, que subiendo hácia el cielo se cuaja en nube, y en tanto que se mantiene en lo alto, solo sirve de (1) oscurecer al sol que le levantó, de entristecer al día y manchar la luz; y solo cuando cae en lluvia sobre la tierra es de provecho. No hay lluvia que tanto fertilice la virtud con el desengaño y el escarmiento, como los soberbios cuando caen derramados de las nubes adonde subieron. Con propiedad es el oro jeroglífico de estos tales desvanecidos y presuntuosos, siendo la calamita de sus devaneos; pues siendo el metal más pesado, cuanto más se extiende, es tan leve, que le derrama el aliento del que le mira.

Misterio halla la consideracion en que el rayo sea la amenaza de los soberbios: sálenle (2) á recibir las alturas, toca los robres y hayas, y perdona á las legumbres, ignoradas de su llama en su humildad. Oyen pronunciar sus enojos á los truenos pálidos los tiranos. Este pues fuego superior y municion de la ira de Dios, siendo su natural subir violentado, desciende para derribar al que siendo la misma bajeza, se violenta para subir. ¡Oh irracional frenesí del soberbio, siendo cristiano, que sepa que solo se exalta el que se humilla, y que se humilla el que se exalta; y para conseguir lo que desea trueque los medios! Si el hombre no saliese fuera de sí, no sería soberbio; porque dentro de sí y en sí propio no tiene cosa alguna que no le predique la humildad. Ella es la peor de las locuras, pues con blasfemia linajuda se califica la soberbia, probando que desciende del cielo: mala casta, decender derribada de tan alto solar; condenado blason es nacer (3) ángel para ser demonio; descender del cielo para poblar el infierno. No son buenos serafines antepasados; que desde entonces son hoy verdugos, condenados á los tormentos eternos y á atormentar. Antigua es la descendencia y la más antigua; empero por eso es señal que luego fué mala, que poco fué buena, que adelantó su infamia y sus castigos á todos los otros pecados. Pues si de los ángeles hizo la soberbia demonios, ¿qué no hará de los hombres que della se dejan poseer? Ella parece diligente y solícita: á esto persuaden las continuas peregrinaciones de su devaneo, las grandes jornadas de su locura. Empero bien considerado con la obra, es el pecado más perezoso de todos, tullido en el ocio infame del amor propio, de donde no se mueve hácia el prójimo y se olvida de Dios, siempre rellanada en la propia estimacion. Es pensamiento de Carolo Babilio Samarbrino, libro de *Septem*

(1) oscurecer (F. S.)
(2) á recibir las alturas, toca los robres (B. F. S.)
(3) en el ángel (Z. F.)—en ángel (B.)

vitiis, cap. II, gradu 22 (*). Por esto trata á la soberbia como ella merece, sin perdonarla oprobrio, san Juan Climaco: «Es la soberbia abnegacion de Dios, invencion de los demonios, madre de condenacion, aumento de esterilidad, ocasion de caidas, fuente de ira, puerta de disimulacion, firmamento de los demonios, guarda de los delitos, artifice de dureza y crueldad, ignorancia de compasion y misericordia, ejecutor amargo, juez inhumano, (4) adversaria de Dios.» Si esto es la soberbia, todo esto es el soberbio; y con todo esto, es tal, que de Dios solo se dice que resiste á los soberbios; no se dice esta palabra de los demás pecadores: «Dios resiste á los soberbios, y á los humildes los da gracia.» Cuanto es difícil y peligroso y violento este pecado, tanto es su remedio fácil, seguro y natural. ¿Cuál cosa más fácil, más sin contradiccion, más conforme á nuestra naturaleza, que ser humildes, pues humildemente somos engendrados y pobremente nacemos? Muriendo vivimos, y vivimos en muerte, en horror, miseria y forzoso desprecio.

El soberbio lo es porque sale de sí; el remedio es volver á sí mismo. Dice Dios «que aprendamos del, porque es humilde y manso de corazón». Pues si Dios se precia de humilde, ¿quién sino el demonio no se preciará de serlo? Oigamos las palabras de Beda: «Para que la causa de todas las enfermedades se curase, que es la soberbia, descendió y fué hecho humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué, pues, ó hombre, te ensoberbeces, si Dios se humilló por tí? Pudiera ser que te avergonzaras de imitar á un hombre humilde; imita pues á Dios humilde.» Tan venerables son las palabras como el autor. Quien desea grandezas y gloria, ¿cuál mayor que ser imitador, siendo hombre, de quien siendo hombre y Dios fué humilde? Toda (5) tu ansia es bienaventuranza, toda tu ansia es prosperidad, toda tu ansia es alteza. Preguntas qué es alteza, prosperidad y bienaventuranza: pregúntalo á Dios, que es todo eso. No seas imitador de Pilátos, que preguntó á Cristo nuestro Señor: «¿Qué es verdad?» Y no aguardó la respuesta que á tí te ha dado, diciendo: «Yo soy camino, verdad y vida; aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón.» Peor serás que Pilátos, (6) que él preguntó qué era verdad y no aguardó la respuesta; tú la oyes y la huyes. El dice que «aquel será mayor en su reino, que fuere como el más chico». Persuádetes que no tienes otro camino para ser grande sino ser pequeño, y para ser exaltado sino humillarte; ni otro despeñadero para abajar precipitado, como subir soberbio; siéndolo, eres esclavo de la fortuna, que es rueda, y sube para bajar y no se detiene en la altura. Vives en el mundo, que es bola, donde con lúbricos pasos te afirmas en un punto; vives tiempo fugitivo, que ni para ni tropieza ni vuelve atrás; vives ceniza y salud enferma, y muerte que el primer día empezó, y cada día es más muerte, y el postrero lo acaba de ser: de tal naturaleza son los que te desvanecen, de tal condicion las cosas por que soberbio te encumbras. Si perseveras, bien te puede parecer eres más que todos; mas es tan imposible serlo, como dejar de ser menos, pues á todos los soberbios les promete Dios por Ezequiel el caer de cabeza. Estas son las pala-

(4) adversario (S.)
(5) su ansia (siempre en S.)
(6) pues él (S.)

bras: «Por lo cual yo daré tus caminos en tu cabeza, dijo el Señor.» Justo castigo, que aquel desvanecido que pretende subir á poner sus piés sobre las cabezas de todos, baje de cabeza, sirviéndole de piés por los despeñaderos la que desvanecida subió á caer (1) precipitada. No dudes que te dará el Señor tus caminos en tu cabeza, y en tu cabeza escarmiento á la de otros. Y pues tienes atrevimiento para pedir á Dios cada día y siempre lo que no mereces, no tengas queja de que te dé algún día lo que cada momento le mereciste.

Dé fin á mi discurso el Eclesiástico con estas pala-

(1) desvanecida. No dudes (Z. B. F.)

bras, cap. 10: «Enriquecerá el hombre, muriendo, á las serpientes, á las bestias y á los gusanos. El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios, porque se apartó su corazón del que le hizo; y porque es principio de todo pecado la soberbia. Quien la tuviere se llenará de maldiciones, y al fin le destruirá. Por esto deshonró Dios las juntas de los malos y los destruyó hasta la fin. Los asientos de los principes soberbios destruyó Dios, y sentó en su lugar á los mansos. Secó Dios las raíces de las gentes soberbias, y plantó (2) los humildes de las mismas gentes.

(2) las (S.)

AVARICIA.

CUARTA PESTE DEL MUNDO (a).

Ya que la avaricia con su caudal á nadie socorre, socorrámosla todos con nuestro advertimiento; si bien es su condicion tan dañada, que no socorre por no disminuir lo que la sobra, ni quiere ser socorrida por no obligarse á socorrer. Reciba (3) (pues es lisonja á su condicion) la enseñanza por penitencia si no la lograre, ó por logro si la obedeciere. No doy al avaro este conocimiento porque me dé de lo que tiene, sino porque tenga él las riquezas que le tienen á él.

Escribo última peste la avaricia, no porque siempre es la última, sino porque las más veces la preceden las tres. Muchas veces nace de la avaricia la soberbia y la invidia y la ingratitud, y de cualquiera dellas las otras, y en cada una las padece el apestado. Todas son recíprocas y contagio pariente, que raramente se apartan. No dejan salud en el alma donde entran, ni seguridad en el cuerpo de que se apoderan. Con las medicinas suelen alimentar y crecer su veneno: por esto son gravemente peligrosas. Sigamos en su definicion la escuela escolástica, y oigamos la del doctor (4) angélico santo Tomás (5): «Avaricia es desordenado amor de tener. La avaricia propiamente siempre es pecado; es pecado espiritual. La avaricia, segun que se opone á la justicia deste modo, de su género es pecado mortal; es medio entre los pecados puramente espirituales y los puramente carnales; es contra Dios, contra sí y contra el prójimo. No tiene amistad con nada ni con nadie, pues ni la tiene con Dios, ni consigo, ni con el prójimo. Es el vicio que entre todos se precia más de ser malquisto, pues tiene ofendido á Dios, quejoso al prójimo y á sí mismo. Siendo contra Dios, es soberbia; siendo contra sí, (6) ingratitud; siendo contra el prójimo, in-

vidia.» Véisla peste de todos cuatro costados, que no solamente es la cuarta, sino todas cuatro.

Yo conocí un avariento; perdónole el nombre, porque le conocieron otros muchos. Tenia cuatro mil ducados de renta, y más de treinta mil á ganancias forzosas y seguras en el logro, no en la conciencia. Su vestido era tal, que antes obligaba á los que no (7) lo conocian á darle limosna que á pedírsela. Los pobres antes le temian que le demandaban. No tenia criado ni criada, ni gastaba otra luz que la del día, porque el sol se la daba de balde. Acostábase de memoria; comia de lo más barato que hallaba (8) en el público aderezado. Tenia un sobrino solo, y por no sustentarle, ó él, amedrentado el estómago de su sustento, servía á un oficial. Vile enfermo algunas veces, y no se curaba con otra cosa sino con la cuenta que hacia de lo que ahorra en no llamar médico ni pagar barbero ni botica. Supe todas estas particularidades porque todo el tiempo que estudié me pagaba por libranza de mis padres seiscientos ducados. Ahora con la consideracion haré que este cuento sea doctrina á propósito. Díjole en mi presencia un doctor de la universidad que ¿cómo un hombre tan bien nacido y rico andaba tan bajamente vestido, y sin un criado ó criada siquiera, y no se sustentaba aun como mendigo, y consentia que un solo sobrino que tenia sirviese? Y respondió que él no era vanaglorioso ni soberbio, de que daba muchas gracias á Dios, pues le inclinaba á modestia y humildad; (9) que en cuanto á no tener criado, le era ocasion de no vivir como poltron sin ejercicio, y que procuraba excusarse de gobernar gente no conocida, puesto que sus ocupaciones eran tan pocas, que asistiendo á ellas le sobraba el ocio; que él aborrecia la

(a) Escrito en la primavera de 1656.
(3) pues (en lisonja á su condicion), (F. S.)
(4) ángel (Z. B. F.)
(5) 2, 2, quaest. 110, d. 1:
(6) es ingratitud; (S.)
(7) le conocian (S.)
(8) en público (Id.)
(9) y en cuanto (Id.)

golosina y la glotonería; que su natural tenía la salud en la dieta y templanza; que á su sobrino no le tenía en casa, porque con el servir aprendiese humildad y obediencia y virtud, y no se entregase al perdimento de costumbres, viéndose heredero y con abundancia de lo necesario, y esperanza de caudal para lo supérfluo. Considerad á este avariento haciendo salud todas sus pestes, y virtudes todos sus pecados, y disculpándose con sus culpas.

Murió este avariento, que había vivido contra Dios, contra sí y contra el prójimo, sin Dios y sin el prójimo y sin sí propio. Heredóle quien le hizo el testamento que no quiso hacer; dejó la hacienda que solo tuvo para dejarla, pues no se conoció que era suya en otra acción, ni que la tenía, sino cuando ella no le tuvo á él. Condenación es hecha por el Espíritu Santo con estas palabras: «Hay otro mal que yo vi debajo del sol, y de verdad es frecuente á los hombres: el varón á quien dió riquezas Dios, y caudal y honra, y no le falta para su vida nada de lo que desea; y no le da Dios poder para que de sus tesoros coma, antes el hombre extraño se lo tragará todo: esta es vanidad y miseria grande.» Ejecutóse esta sentencia con todas sus cláusulas en el avaro que referí, pues tuvo mucha hacienda, y della no comió nada, y se la comió toda el extraño.

La avaricia es gravísimo pecado, es idolatría. «Serdumbre de los ídolos.» (1) le llama el Apóstol. A esto añade ser el disparate de todos los pecados. Todos solicitan los objetos de su apetito para gozarlos; esta los codicia para no gozarlos. Su fin es tener, no por tener, sino porque otros no tengan. Al avaro tanto le falta lo que tiene como lo que no tiene. Gasta su vida en juntar hacienda, y no gasta un cuarto en mantener su vida. Adquiere sin saber para quién, y sabiendo que no es para él. Tiene frío y no se abriga, tiene hambre y no come, tiene enfermedad y no se cura, tiene hijos y no los asiste, tiene mujer y la desampara. Adquiere oro para ser pobre, no para ser rico. No vive para sí ni para nadie. Guarda lo que tiene, tanto de sí como de todos. Junta en sus tesoros deseos de su muerte, no socorros de su vida. Niega á sí propio lo que niega al pobre y al amigo. No saben su cuerpo ni su alma nada de sus riquezas, ni las goza ni las lleva ni las deja, porque las más veces se las quitan. Ni el avaro estima su vida, ni cree su muerte. Es el avaro envidioso de sí mismo, nueva y perversa invención de envidioso. No hace cosa buena sino cuando se muere. Vive en tal miseria, que quien le deseara trabajos, le deseará que viva. No crió Dios criatura tan vil, ni produjo la naturaleza sabandija tan abatida. No crió animal que no fuese bueno para algo y para otros, y para quien no criase muchas cosas buenas. Solo el avaro ni es bueno para sí ni para otro, ni para nadie ni para nada. El es el (2) monstruo de todas las criaturas. Tiene un ser tan inútil, que solo es útil en dejando de ser. Nace contra sí mismo y contra todos. Abórrése á sí, y quiere todas las cosas para que le hagan aborrecible de todos. A todos parece hombre, sino es á sí propio, pues no se trata como tal, ni á los otros conoce por

(1) la (F. S.)

(2) monstruo (B. F. S.)

prójimos. El es causa de sus mismas miserias, porque las riquezas que junta le irritan y no le hartan. Es todo contrariedad, siempre está diciendo verdad y mentira con unas propias palabras. Si le piden limosna ó prestado, dice: «No tengo;» y siendo mentira, porque tiene, es verdad que no tiene para hacer buenas obras; es verdad, porque él no tiene la hacienda, sino la hacienda á él. Y sería lo propio decir el avaro que él tiene el tesoro, que si el preso dijese que él tiene á la cárcel. Estos en adquirir riquezas son como el que bebiese agua salada para matar la sed. Su ansia es adquirir, y jamás tienen contento adquiriendo, porque aunque la fortuna no los aflija con negarles ni quitarles lo que codician, es su aflicción cualquiera cosa que no adquieren. No quieren mucho, sino todo. No solo quieren tener, sino que nadie tenga. Por eso en la *Authentica* (3), *Ut iudices*, § *in fin.*, colum. 2, (4) se lee: «La avaricia es raíz de todos los males ó madre.» Y por sediciosa y malhechora, dice la ley *Si quis in suo* (C. de *Inoffic. testament.*): «Hase de herir á la avaricia con legítimos golpes;» quiere decir, con heridas en la raíz de su maldad. Bien obedeció esta ley el pueblo de Grecia, cuando oyendo una tragedia de Eurípides, presente el mismo poeta, y hablando en ella un personaje llamado Bellerofontes, recitó estas palabras, preciándose de avaro:

«Consiento que me llamen pésimo, como me (5) llamen rico. Todos preguntamos si uno es rico, no si es bueno. No por qué ni de dónde, sino qué tanta hacienda tiene solamente. En todas partes tanto fué uno cuanto tuvo. ¿Pregúntasme qué es malo tener? nada. O deseo morir pobre ó vivir rico. Bien muere el que muere ganando algo. El dinero es grande bien del género humano, á quien no puede ser igual el deleite de la madre ni de los blandos hijuelos, no el padre sagrado con méritos. Si cosa tan dulce resplandece en la cara de Venus, con razón inclina á sí los amores de los dioses y de los hombres.»

Recitó aquel representante en estas palabras todos los requiebros que el avaro dice al dinero; y como el pueblo vió alabar tanto la avaricia, amotinado se levantó para castigar los versos y al autor. Empero levantándose Eurípides, los pidió que oyesen la tragedia toda, y que si aquel amante del oro no tuviese el mal fin que merecía, que le castigasen. Sosegóse el pueblo, y al cabo padecía el avariento, que allí se llamaba Bellerofontes, los castigos que su avaricia merecía. Todo este lugar es de nuestro Séneca, epíst. cxv. Mirad cuán aborrecido vicio es, que aun sus alabanzas en el teatro, no solo no las consintió el pueblo, sino que ofendidas las orejas, se convocó á castigarlas.

Muchas veces he considerado qué parte del hombre persuade al avariento á no gastar consigo mismo lo que tiene. No se lo persuade la razón, que le constituye en ser racional, por ser cosa contra razón; no la parte animal, porque esa es toda atenta á su comodidad y regalo; no sus miembros, porque si padecen

(3) se lee: ut iudices (Z. B. F.)

(4) «La avaricia (Id.)

(5) llaman (Id.)

frío desean abrigo; si hambre, mantenimiento; si enfermedad, remedio; si trabajo, descanso; si desvelo, sueño. No se lo persuaden sus amigos, pues le aborrecen por avariento. No los que son sus enemigos, pues lo son porque lo es. Esto me persuade que es castigo de Dios, y de los mayores que en este mundo ejecuta, por la dolorosa miseria con que aflige, y porque dispone al avariento á obstinación; pues si adquiere siempre, siempre quiere adquirir; si le quitan algo, se enfurece por desquitarlo; si le dan lo que codicia, es lo propio que echar leña seca en el fuego, que le hace más animoso; si le piden, piensa que se da lo que tiene negándolo al menesteroso. Júdas verifica mi discurso: fué apóstol de Cristo; y siendo apóstol, porque fué avaro fué traidor, fué impenitente, y se ahorcó. Cuando el sagrado Evangelista dice quién era, le llama «ladron y robador, que traía bolsas y se lleva lo que dan». Que el avaro sea ladron, se prueba con testigos que no pueden ser recusados: el primero es el mismo avariento que depone, que se hurta á sí propio lo que tiene; el segundo el prójimo, á quien hurta lo que le quita, y si es pobre, lo que le debe; el tercero es el mismo Dios, pues se le queda con todos los bienes que le da, y se los niega en los pobres y en la satisfacción, y en sí y en los otros. Veis aquí al avariento, en el oficio, discípulo de Júdas. La condición del avariento se emplea en dos cosas solas: en pesarle que den á otros y no á él, y en pedir que le den. Esta misma fué la condición de Júdas. Tuvo gran dolor del unguento que la Magdalena dió á los pies de Cristo, y cuando le vendió pidió que le diesen: «¿Qué me queréis dar, y yo le entregaré á vosotros?» Sabiendo que vendía la cosa más preciosa de la tierra y del cielo, no señaló lo que quería que le diesen; solo dijo que le diesen lo que por ella le querían dar: porque el avariento solo estima que le den, no otra cosa ninguna. No se gobierna por mucho ni por poco, pues es tan avaro por poco como por mucho. Si estimara alguna otra cosa fuera del recibir, luego se corrigiera, porque topara con su alma y con su conciencia sin salir de sí, y con su cuerpo, y con la ley natural y la civil y la de las gentes y la de Dios. Diéronle treinta dineros; recibiólos; y para la traición dió por señal que daría un beso á Cristo. ¡Extraña cosa parece que el avariento dé por señal el dar aunque sea un beso! Igualmente dió con este beso á conocer quién era Cristo y quién el avariento. No se lee que otra persona besase en la cara á Cristo sino Júdas, ni que otro metiese con él la mano en el plato. El avariento vende al que besa, y adquiere dinero con lo que da; y si puede tomar, no aguarda á que le den. Deste fin se originaron estas dos acciones singulares de Júdas. Entróse Satanás en el corazón; que el avaro, por recibir, recibe á Satanás.

¿Queréis ver cuán sumamente perverso es el avariento? Pues atended á que luego que recibió de la mano de Cristo el regalo en la cena, al instante recibió á Satanás en su alma: «Y como mojase el pan, se le dió á Júdas Simon Iscariote; y despues de la sopa Satanás entró en él.» (Matth., 26.) El avariento, tras los bienes y caricias que recibe de Dios, recibe á Satanás por recibir de todos y de todo. Mirad lo que junta en su corazón: disposición halagüeña para el arrepenti-

miento y la gracia, (1) y demonio y infierno. Literalmente entiendo deste lugar, que abren la boca á la mano de Dios y juntamente el corazón á Satanás.

Llegado hemos al fin infame que la avaricia dispone á los que se dejan poseer de su tiranía, y á los bienes y dineros que adquieren con la usura de la sangre inocente. (Matth., 27): «Entonces viendo Júdas, que le entregó, que le habían condenado, movido de penitencia volvió los treinta dineros de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente y justa. Ellos respondieron: ¿Qué nos importa á nosotros? Miráraslo tú. Y arrojando las monedas en el templo, se fué y se ahorcó de un lazo.»

El doctísimo cardenal Cayetano sobre este capítulo dice «que esta penitencia de Júdas fué penitencia del ánimo humano sin gracia de Dios, cuanto mayor más peligrosa; porque la abundancia de la tristeza anega al hombre é induce desesperación. Este fin probó que era tal la penitencia de Júdas (a).» Doctísimamente condena el eruditísimo cardenal de San Sixto las blasfemias del terco Calvino, en las heréticas consideraciones que hace sobre estas palabras y acciones de Júdas, llamando arrepentimiento verdadero el suyo en la penitencia y en la confesión de su pecado y ser Cristo justo, y restituyendo el precio de la traición. Y doctísimamente le castiga con sus respuestas Titelman en su libro contra este blasfemo.

Este avaro fué tan malo, que su arrepentimiento es el castigo de su pecado, en que él propio fué delincuente, juez y verdugo. Es la suya penitencia, mas sin gracia de Dios; es inundación de tristeza, que ahoga á los que le imitan; no arrepentimiento que los enmienda. Sus logros son de sangre inocente; véndela por cualquiera precio, y juntan el dinero para arrojarle; precíanse de padres de la ganancia, y mueren hijos de la perdición. Al avariento Júdas le llamó Cristo hijo de (2) la perdición.

El avariento no deja lo que junta; él mismo lo arroja. No hay fariseo ni mal ministro que no tenga asco de recibir el dinero de sus manos. (3) Muere levantado del suelo, de donde nunca se levantó el espíritu del avariento. ¡Cuál destes no muere en el lazo con que la avaricia le tiene mientras vive, y le ahoga cuando muere!

Verifiquemos en Júdas el fin de la hacienda del avaro. No la tomaron dél; no quisieron, siendo los sacrílegos compradores de su execrable venta, profanar con tales monedas el tesoro y caja del depósito del templo. Compraron una heredad para sepultura de los peregrinos.

Veis cumplido á la letra el lugar del *Eclesiástico* que recité, donde hablando del avaro y de sus castigos, y del fin (4) dél, de sus bienes, dice en medio del lugar:

(1) el demonio é infierno (S.)

(a) Véase *Evangelicorum Commentariis Reverendissimi Domini Thomae de Vio Caietani, Cardinalis Sancti Xisti, in quatuor Evangelia et Acta Apostolorum ad Graecorum codicum veritatem castigata, ad sensum quem vocant Literalem commentarii: cum indicibus oportunis, Recens in lucem editi. Parisiis. Apud Poncetum le Preutz. 1545.*

(2) perdición. (S.)

(3) Muere, levanta del (Z. B.)

(4) de sus bienes, (S.)